

## **Imaginación, Inspiración e Intuición.**

Conviene que ahondemos ahora un poco en la cuestión de facultades. El intelecto, por sí mismo, es una de las facultades más toscas en los niveles del Ser. Mas, si queremos volver todo intelecto, jamás llegaremos a la aprehensión de las verdades cósmicas.

Indubitavelmente, existe, más allá del intelecto, otra facultad de cognición; quiero referirme esta vez, en forma enfática, a la imaginación.

Mucho se ha subestimado a tal facultad; algunos hasta la denominan, despectivamente, con el título de «la loca de la casa», título injusto, que si no fuera por la imaginación, no tendríamos esta grabadora, no existiría el automóvil, no existiría el ferrocarril, etc.

El sabio que quiere hacer un invento, deberá primero imaginárselo, y luego plasmar su invento en el papel. El arquitecto que quiere hacer una casa, tendrá primero que imaginarla, y después la podrá trazar en el plano.

De manera que la imaginación ha permitido crear todo invento.

No es, pues, algo despreciable. Que hay varias clases de imaginación en el ser humano, no lo podemos negar. Existen dos tipos:

La primera podríamos denominarla nosotros imaginación mecánica; tal tipo de imaginación, es la mismísima fantasía. Obviamente, ella está constituida con los desechos de la memoria; es incoherente, insípida, insubstancial, inodora, no sirve y es hasta perjudicial.

Mas existe, en verdad, otro tipo de imaginación: ésta es, en realidad, la imaginación intencional, o sea, la imaginación consciente, ésta es el translucido.

Obviamente la misma puede desarrollarse espléndidamente y darnos acceso al ultra de todas las cosas. Con ella se capta el mundo astral y sus figuras o las maravillas del mundo de la mente o las cosas extraordinarias del mundo causal, etc.

La naturaleza misma posee imaginación; eso es obvio. Si no fuera por la imaginación, todas las criaturas de la naturaleza estarían ciegas, mas gracias a esa poderosa facultad, existe la percepción.

Se forman las imágenes en el centro perceptivo del cerebro o centro perceptivo de las sensaciones, y así podemos percibir.

La imaginación creadora de la naturaleza, ha dado origen a las múltiples formas existentes en todo lo que es, en todo lo que ha sido, en todo lo que será.

En un pintor o un artista que se dedica espiritualmente, funciona naturalmente la mente, dijéramos, la imaginación creadora, el translucido; que puede percibir lo real en los mundos superiores. Y para plasmarlo después con su mano artística en el lienzo. Y eso es encomiable y maravilloso.

En épocas como la de los hiperbóreos o prelemures, no se usaba el intelecto sino la imaginación. Entonces el ser humano era inocente y el maravilloso espectáculo del cosmos se reflejaba como en un lago cristalino sobre su imaginación. Era otro tipo de humanidad.

Hoy causa dolor ver cómo muchas gentes han perdido ya hasta la mismísima imaginación, es decir, se ha degenerado espantosamente esta preciosa facultad.

Es posible desarrollar la imaginación. Esto nos llevaría más allá de la mente sensual; esto nos enseñaría a nosotros a pensar psicológicamente.

Ya dijimos, y repetimos, que sólo el pensar psicológico puede abrirnos las puertas de la mente interior. Si uno desarrolla la imaginación, puede aprender a pensar psicológicamente.

Imaginación, inspiración, intuición: son los tres caminos obligatorios de la Iniciación.

Mas si nos quedamos nosotros embotellados, exclusivamente, en los funcionalismos mustico-sensoriales del aparato intelectual, no será posible, en modo alguno, subir por los escalones de la imaginación, de la inspiración y de la intuición.

No quiero decirles a ustedes que el intelecto no sirva; lejos estoy de hacer tamaña afirmación; lo que estoy es aclarando conceptos. Toda facultad dentro de su órbita, es útil; fuera de su órbita es inútil.

Un planeta cualquiera es útil dentro de su órbita; fuera de su órbita es inútil y catastrófico. Lo mismo son las facultades del ser humano: tienen su órbita. Querer sacar a la razón de su órbita, a la razón sensualista, es absurdo.

¿Por qué caen en el escepticismo materialista muchas gentes?

¿A qué se debe que aún los estudiantes del pseudo-esoterismo y pseudo-ocultismo, tan en boga en estos tiempos, estén luchando siempre contra las dudas?

¿Por qué muchos andan mariposeando de escuela en escuela, y al fin, llegan a la vejez sin haber realizado nada?

A través de la experiencia he podido observar, que aquéllos que se quedan embotellados en el intelecto, fracasan; o aquéllos que quieren comprobar con el intelecto las verdades que no son del intelecto, fracasan.

Cometen estos, el error de querer estudiar astronomía (hablando en forma simbólica) con el microscopio, o estudiar bacteriología con el telescopio. Dejemos a cada facultad en su lugar, en órbita; no la saquemos de su órbita.

Necesitamos pensar psicológicamente y, es obvio, debemos rechazar de plano, la doctrina, la levadura de los saduceos y de los fariseos, y aprender a pensar psicológicamente. No sería esto posible si continuáramos embotellados dentro del intelecto.

Entonces, más vale que empecemos a subir por la escala de la imaginación; posteriormente pasaremos al segundo escalón que es el de la inspiración, y al fin llegaremos a la intuición.

Pero veamos cómo se desarrolla la imaginación: se puede empezar con un ejercicio sencillo; muchas veces hablé yo sobre el ejercicio del vaso con agua; un ejercicio fácil, espléndido para el desarrollo de la imaginación.

Aquel sentido de auto-observación psicológica entra en actividad. Pero ese no sería el único ejercicio para el desarrollo de esa preciosa facultad. Se necesita algo más, se necesita de la meditación.

Sentado uno en un cómodo sillón, con el cuerpo perfectamente relajado, o acostado en su lecho, pero con el cuerpo relajado y con la cabeza hacia el Norte, debe imaginar algo:

La semilla de un rosal. Ésta ha sido cuidadosamente sembrada en una tierra negra y fértil. Imaginemos que la regamos con el agua pura de vida.

Continuando con este proceso imaginativo, trascendental y trascendente a su vez: Visualicémosla en el proceso de crecimiento: cómo el tallo brota al fin; cómo se desenvuelve maravillosamente.

Cómo surgen las espinas de entre aquel tallo, y al fin, hecha ramas diversas. Imaginemos cómo a su vez aquellas ramas se cubren de hojas hasta que al fin aparece un capullo que se entreabre deliciosamente (y es la rosa).

En «estado de manteya», como dijera los iniciados de Eleusis, hablando a lo «griego», y tal vez hasta a lo «órfico», diríamos que conviene hasta sentir en sí mismos el aroma delicioso que se escapa de entre los pétalos rojos o blancos de la preciosa rosa.

La segunda parte del trabajo imaginativo consistiría en visualizar con entera claridad meridiana, el proceso del morir de todas las cosas. Bastaría imaginar cómo aquellos pétalos olorosos van cayendo poco a poco, marchitos y sin vida.

Cómo aquellas ramas, otrora fuertes, se convierten después de algún tiempo en un montón de leños, al fin, llega el huracán, el viento, y arrastra a todas las hojas y a todos los leños.

Es una meditación de fondo sobre el proceso del nacer y del morir de todas las cosas. Este ejercicio practicado en forma asidua, diariamente, y es claro que a la larga vendrá a darnos la percepción interior profunda de aquello que podríamos denominar mundo astral.

Ante todo, es bueno advertir, a todo aspirante, que cualquier ejercicio esotérico, incluyendo éste, ya citado, requiere de parte del discípulo la continuidad de propósitos, porque si practicamos hoy y mañana no, cometemos un gravísimo error.

Sólo habiendo de verdad aplicación en el trabajo esotérico, es posible el desenvolvimiento de esa facultad preciosa de la imaginación.

Una vez que, durante la meditación, surja en nuestra imaginación algo nuevo, algo distinto a la rosa, es señal evidente que ya estamos progresando.

En principio, las imágenes carecen de colorido, pero conforme trabajamos, ellas se van revistiendo de múltiples encantos y colores; así progresaremos en el desarrollo interior profundo.

Un paso más avanzando en esta cuestión, nos llevaría a la recordación de nuestra vida y de nuestras vidas anteriores.

Incuestionablemente, quien haya desarrollado en sí mismo la facultad imaginativa, bien podría tratar de capturar o de aprehender, con este diáfano o translúcido, el último instante de su pasada existencia.

Entonces, en ese espejo lúcido de su imaginación, se reflejaría un lecho de moribundo, si es que en cama ha fallecido (porque, entre paréntesis, alguien podría morir en un campo de batalla o por un accidente).

Sería interesante ver a sus seres queridos, a esos que en la pasada existencia le acompañaron en los últimos instantes, a los que escucharon los gritos de dolor en la hora suprema.

Continuando con este proceso tan maravilloso, del desarrollo relacionado con la imaginación, podría intentarse conocer, ya no solamente el último instante de su vida anterior.

Sino el penúltimo, el tras-antepenúltimo, los últimos años, los penúltimos, hasta la juventud, la adolescencia, la niñez, y así, venir a recapitular, preciosamente, toda la vida pasada.

Similarmente, esto, llevado más lejos, nos permitiría también capturar cada una de nuestras vidas anteriores y así vendríamos, por experiencia directa, vívida, a verificar la realidad de la ley del eterno retorno de todas las cosas.

Más no es el intelecto, precisamente, el que puede verificar esas realidades. Con el intelecto podemos discutir tal tema o afirmarlo, o negarlo, pero eso no es verificación.

Así pues, los invito a ustedes a la comprensión. La imaginación les abrirá las puertas de los paraísos elementales de la naturaleza.

Más con la imaginación tratamos de percibir un árbol; si meditamos en el mismo, veremos que está compuesto de multitud de pequeñas celulosas; percibiremos su fisiología, sus raíces, sus frutos.

Mas también lograremos ahondar un poco más y ver, directamente, la vida íntima del árbol. No hay duda de que éste posee eso que podríamos denominar «Esencia» o «Alma».

Cuando uno, en estado de manteya o samadhi, o éxtasis, o arrobamiento, percibe la conciencia de un vegetal, descubre, con claridad perfecta, que ésta es, ciertamente, una criatura elemental.

Una criatura que tiene vida, no perceptible para los cinco sentidos, no perceptible para la capacidad intelectual, excluida completamente del terreno nustico-sensorial.

Más sí perfectamente perceptible para el translúcido. Interesante resulta que en pasos posteriores, se puede llegar a conversar, a platicar con ese elemental.

Obviamente, la cuarta vertical posee sorpresas insólitas. Indubitablemente el Edén de que nos habla la Biblia, es la misma cuarta dimensión de la naturaleza.

El paraíso terrenal es la cuarta coordenada; los campos Elíseos, la tierra prometida donde los ríos de agua pura de vida, manan leche y miel, es precisamente la cuarta dimensión de nuestro planeta tierra.

Más imaginación creadora, es translúcido, es espejo mirífico del Alma, bien desarrollado con eficiencia idónea, mediante reglas esotéricas exactas, indubitablemente nos permite la verificación exacta, la verificación de lo que aquí estoy afirmando en forma enfática.

Así pues, yo les invito a ustedes claramente al análisis superlativo de todo esto. Yo les invito al desarrollo de esa facultad cognoscitiva conocida siempre como «imaginación». Es una facultad extraordinaria.

En la cuarta vertical descubrimos templos extraordinarios; y es que la vida elemental está clasificada por el Logos: una es la familia, por ejemplo, de los naranjales y otra la de los eucaliptos. Para cada familia vegetal existen templos de la naturaleza.

Los Devas citados por los textos teosofistas, pseudo-esoteristas u ocultistas, gobiernan la vida elemental. Estos Devas son hombres perfectos, en el sentido más completo de la palabra, Iniciados que saben manipular las leyes de la naturaleza.

La imaginación creadora le permite a uno, pues, verificar por sí mismo, que la tierra no es un organismo muerto, no es algo rígido, una costra física desprovista de vida. La imaginación creadora le permite a uno saber, por sí mismo, que la tierra es un organismo vivo.

Me viene en estos momentos a la memoria, la afirmación aquélla Neoplatónica de que «el Alma del mundo está crucificada en la Tierra». Esa Alma del mundo es un conjunto de Almas, un conjunto de vidas que palpitan y tienen realidad.

Para las gentes hiperbóreas, los volcanes, los mares profundos, las vetas de los metales, las gargantas de las montañas, el huracanado viento, el fuego flamígero, las fieras rugientes o las aves, no eran sino el cuerpo de los Dioses.

No veían aquellos hiperbóreos en la tierra, algo muerto; para ellos el mundo era algo vivo, un organismo que tenía vida, y la tenía en abundancia.

Entonces se parlaba en el Orto purísimo de la divina lengua, que como un río de oro corre bajo la selva espesa del Sol. Aquél que sabía tañir la lira, arrancaba de la misma las más extrañas sinfonías.

Todavía, por esos tiempos, no había caído sobre el pavimento del templo, la lira de Orfeo hecha pedazos. Esos eran otros tiempos, esa era la época de la antigua Arcadia.

Cuando se rendía culto a los Dioses de la aurora, y cuando se festejaba cada nacimiento con fiestas místicas trascendentales.

Si ustedes desarrollaran en forma eficiente la facultad de la imaginación, no solamente podrían recordar sus vidas anteriores, sino comprobar, en forma específica, lo que aquí, con claridad completa, estoy expresando didácticamente.

Mas, la imaginación en sí misma y por sí misma, no es más que el primer escalón; un segundo escalón más elevado, nos lleva a la inspiración.

La facultad de la inspiración nos permite platicar, cara a cara, con toda partícula de vida elemental; la facultad de la inspiración nos permite sentir, en nosotros mismos, el palpitar de cada corazón.

Imaginemos por un momento, nuevamente, el ejercicio del rosal. Si después de todo, si concluido el meditar en el nacer y en el morir del mismo, desaparecidos los leños y los pétalos de la flor, queremos saber algo más, necesitamos de la inspiración.

Ha nacido la planta, ha dado frutos, ha muerto, ¿y después de todo qué? entonces necesitamos de la inspiración para saber ¿qué? cuál es el significado de ese nacer y de ese morir de todas las cosas.

La facultad de la inspiración es todavía más trascendental y necesita un gasto de energía mayor; se trata de dejar a un lado el símbolo sobre el cual hemos meditado.

Se trata de capturar su significado interior. En esto se necesita de la facultad de la emoción, del centro emocional. El centro emocional viene, pues, a valorizar el trabajo esotérico de la meditación.

El centro emocional nos permite sentirnos inspirados, y luego, inspirados, conoceremos el significado del nacer y del morir de todas las cosas.

Con la imaginación podríamos verificar la realidad de la existencia anterior; con la inspiración podríamos capturar el significado de tal existencia: su motivo, su causa, su porqué.

La inspiración, pues, está un paso más allá de la facultad de la imaginación creadora. Con la imaginación podemos verificar la realidad de la cuarta vertical, pero la inspiración nos permitirá capturar su honda significación.

Por último, más allá de la facultad de la imaginación y de la inspiración, tenemos que llegar nosotros a las cimas de la intuición. La intuición es algo diferente.

Volvamos al rosal de nuestro ejemplo. Indubitablemente, con el proceso de la imaginación, durante el ejercicio esotérico trascendental y trascendente, hemos visto los procesos, hemos visto cómo creció el rosal, cómo dio frutos, y por último, cómo murió: se convirtió en un montón de leños.

La inspiración nos permitirá conocer el significado de todo eso, pero la intuición nos llevará a la realidad espiritual de eso; entonces penetraremos, con esa preciosa facultad superlativa, en un mundo exquisitamente espiritual.

Nos encontraremos, cara a cara, no sólo con el elemental (visto con la imaginación), el elemental del rosal, sino aun más: nos encontraremos con la chispa virginal, la monada divinal, o partícula ígnea suprema del rosal.

Penetraremos en un mundo donde hallaremos a los Elohim creadores, citados por la Biblia mosaica o hebraica; veremos a toda la hueste creadora del ejército de la palabra, es decir, hallaremos al Demiurgo Creador del Universo.

Es esa intuición la que nos permitirá platicar cara a cara con los «Arcangeloides», con los Tronos, ya no serán para nosotros una mera especulación o creencia, sino una realidad palpable, manifiesta.

La intuición podrá permitirnos el acceso a las regiones superiores del universo y del cosmos por medio de la intuición podremos estudiar cosmogénesis, antropogénesis, etc.

La intuición nos permitirá penetrar en los templos de la fraternidad universal blanca, en los templos de los Elohim o Prajapatis, o Kumarás, o Tronos.

La intuición nos permitirá conocer la génesis de nuestro mundo. Con la intuición podremos asistir a la aurora misma de la creación.

Saber, no por lo que haya dicho alguien, sino por vía directa, cómo surgió este mundo de entre el caos, en qué forma fue creado, de qué manera hizo aparición dentro del concierto de los mundos.

La intuición, pues, nos permitirá saber ya, en forma específica y directa, lo que no saben los brillantes intelectos de la época.

Pues existen muchísimas teorías en relación con el mundo, con el universo, con el cosmos, y éstas pasan de moda constantemente, como remedios de farmacia, como las modas de las damas o de los caballeros.

A una teoría le sigue otra, y a otra, otra, y al fin y al cabo, el intelecto no hace sino especular y fantasear a lo lindo, sin poder experimentar jamás lo real; pero la intuición le permite a uno conocer lo real; es una facultad cognoscitiva trascendental.

Grandioso es poder asistir al espectáculo del universo, sentirse uno, por un momento, aparte de la creación; mirar el mundo como si éste fuese un teatro, y uno un espectador; evidenciar cómo un cometa sale de entre el caos; cómo surge, pues, del No Ser (que es el Real Ser), cualquier unidad cósmica, etc.

Es la intuición la que le permite a uno saber que la Tierra existe por el karma de los Dioses, porque si no, no existiría. Es la intuición la que le permite a uno verificar el crudo realismo de tal karma.

Ciertamente, aquellos Elohim, Prajapatis o Padres, que en su conjunto constituyen lo Divinal, actuaron en un pasado ciclo de manifestación, mucho antes de que la Tierra y el sistema solar hubieran surgido a la existencia.

Veamos un caso muy simpático: mucho se discute sobre la Luna; piensan muchas gentes, de que ésta es un pedazo de tierra lanzado por la fuerza centrífuga del universo, al espacio; algo así como quien dispara un cohete atómico.

Mas, la intuición, le permite a uno verificar las cosas en forma completamente diferente; la intuición, le permite a uno saber que la Luna es muchísimo más antigua que la Tierra.

Por algo es que nuestros antepasados de Anahuac decían «la Abuela Luna»; ella es, obviamente, nuestra abuela. Ella es la madre de la Tierra, y la Tierra es la madre de nosotros, total, es nuestra abuela. ¡Conceptos sabios de Anahuac!

La Tierra, realmente, surgió mucho más tarde, en el devenir de los siglos. La Luna fue un mundo rico en el pasado: tuvo vida mineral, vegetal, animal, humana; mares profundos, volcanes que hicieron erupción, etc.; los mismos científicos actuales han tenido que rendirse ante la evidencia concreta, de que la Luna es más antigua que la Tierra.

Aquellos Iniciados que cometieron el error de afirmar que «la Luna fue un pedazo desprendido de la Tierra», ahora quedaron mal, cuando se verificó con aparatos especiales, mediante el estudio de los guijarros traídos de la Luna, que ésta es más antigua que la Tierra. Y así es: tuvo humanidad, tuvo vida vegetal, fue un mundo rico.

¿Por qué se convirtió así, en Luna? La intuición le permite a uno saber que todo lo que nace tiene que morir, y que todo mundo del espacio estrellado, a la larga se convierte en una nueva Luna.

Esta Tierra que nosotros habitamos, un día envejecerá y morirá, y se convertirá en una nueva Luna. Y hay Lunas tan pesadas como, por ejemplo, la que gira alrededor del Sol Sirio, que tiene una densidad cinco mil veces más grave que la del plomo.

Así pues, volviendo a lo de nuestra Luna, diremos que es la madre de la Tierra. Pero, ¿por qué hago tan tamaña afirmación?

Por medio de la intuición vemos como después de que aquella vieja Luna, nuestra abuela, murió, el ánima-mundi lunar (crucificado en aquel satélite) se sumergió entre el seno del Eterno Padre Cósmico Común (el Absoluto)

Cuando llegó una nueva época de manifestación, después de un largo intervalo, cuando llegó, dijéramos, un nuevo gran día de actividad, esa Madre-Luna, esa Ánima-Mundi reconstruyó un nuevo cuerpo, se reencarnó, formó su nuevo cuerpo, que es esta Tierra.

Todas las criaturas que otrora existieran en la Luna murieron, pero los gérmenes de la misma, los gérmenes de toda vida vegetal, o animal, o humana, no murieron. Esos gérmenes, proyectados por los rayos cósmicos, quedaron depositados aquí, en este nuevo planeta.

¡Hasta los gérmenes de nuestros mismos cuerpos!. Por tal motivo somos hijos de la Luna. Ella es la madre de todo lo viviente, y ella es la madre de la Tierra.

Cuando uno hace una afirmación de éstas, ante un grupo de gentes sin instruidas, ante los eruditos del intelecto, ante aquéllos que están acostumbrados a jugar malabares con la mente, ante los fanáticos de los silogismos y de los prosilogismos y de los esilogismos del racionalismo subjetivista, pues, obviamente, se expone a la burla, al sarcasmo, a la ironía, a la befa, a la sátira.

Porque esto no puede ser admitido jamás por el racionalismo subjetivista del intelecto; esto que estoy diciendo, solamente puede ser asequible a la intuición.

Si ustedes quieren algún día llegar, de verdad, a la iluminación, a la percepción de lo real, al conocimiento completo de los misterios de la vida y de la muerte, necesitarán subir, incuestionablemente, por la gradería maravillosa de la imaginación, de la inspiración y de la intuición.

El mero racionalismo, jamás podría llevarlos a ustedes, a estas experiencias íntimas, profundas. En modo alguno nos pronunciaríamos nosotros contra el intelecto; lo que queremos es especificar funciones, y eso no es un delito.

Indubitablemente, el intelecto es útil dentro de su órbita; fuera de órbita, repito lo que ya dije al empezar esta plática, resulta inútil.

Pero si nosotros nos fanatizamos con el intelecto, y de plano nos negamos a querer subir por los escalones de la imaginación, jamás llegaríamos, indubitablemente, a pensar psicológicamente.

Pues quien no sabe pensar psicológicamente queda atrapado, con exclusividad absoluta, por lo nóstico-sensorial, y hasta puede convertirse, de hecho, en un fanático de la dialéctica marxista.

Sólo el pensar psicológico abrirá la mente interior; eso es obvio. Quien ha subido por los escalones de la inspiración y de la intuición, indubitablemente, de hecho, ha abierto las puertas maravillosas de la mente interior.

Surgen los intuitos desde adentro; se expresan a través de la mente interior, es decir, la mente interior sirve de vehículo a los intuitos.

Esta mente interior es la misma razón objetiva, especificada claramente por un Gurdjieff o por un Ouspensky, o por un Collins, o por un Nicoll.

La mente interior funciona exclusivamente con los intuitos, con los datos del Ser, de la conciencia, de lo superlativo, de lo étnico, de aquello que es trascendental y trascendente en nosotros, y no de otro modo.

Nuestra Asociación Gnóstica quiere, de forma clara, que cada uno de ustedes se transforme, que llegue un día a DESPERTAR CONCIENCIA para abrir la Mente Interior.

Esta Mente Interior funciona con los resortes de la Conciencia. La Conciencia capta los Misterios de la Vida y de la Muerte, capta la realidad de los fenómenos, transmite sus datos a la Mente Interior y ésta funciona.

Así pues, lo que importa es DESCUBRIR LA VERDAD, cueste lo que cueste. A eso he venido esta noche. Yo quiero que todos ustedes concurran a nuestras disquisiciones.